

Ayer no más

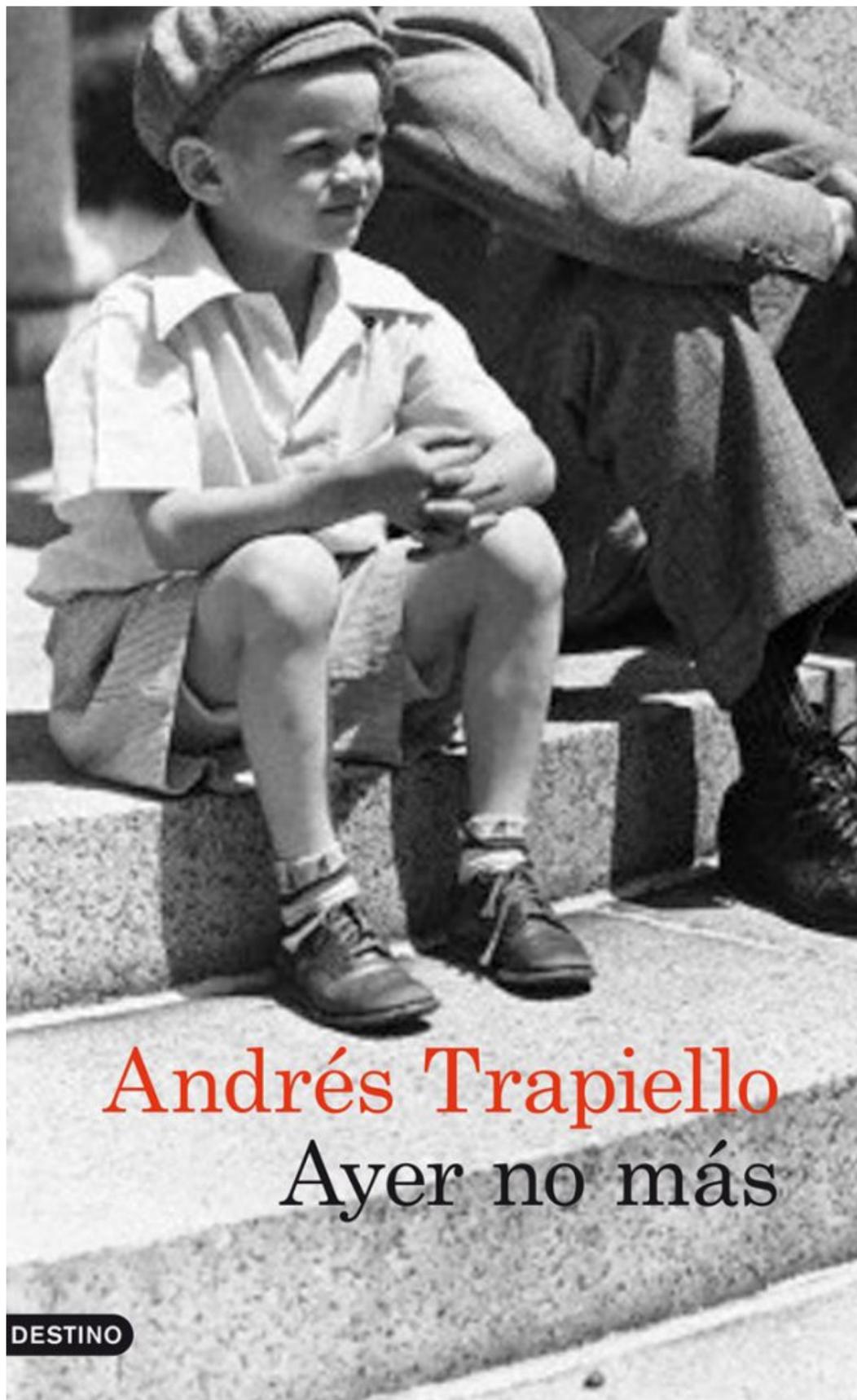
Andrés Trapiello

Barcelona, Destino, 2012 310 pp. 20 €

A cada cual lo suyo: la memoria histórica de Andrés Trapiello

Javier Rupérez

15 noviembre, 2012



Andrés Trapiello

Ayer no más

DESTINO

La última novela de Andrés Trapiello tiene claras pretensiones pedagógicas, que el mismo escritor, en el juego de espejos dentro del que construye la narración, reconoce sin timideces. El protagonista, José Pestaña, trasunto evidente del mismo Trapiello, reflexiona al final del libro sobre la necesidad de recurrir a la ficción para recordar la historia –la historia de la guerra civil española, por cierto, que de ella y de sus recuerdos va el texto–, aun reconociendo que todavía no se ha producido la «Guerra y Paz» española, «el mesías de la literatura española». Y añade: «Si un día publicara la mía [ya está publicada, la tenemos en las manos, se llama *Ayer no más*] y los críticos se ocuparan de ella y le objetaran su modesto alcance y el carácter familiar, pedagógico y restringido de su relato en comparación con la inconmensurable epopeya española de la Guerra Civil, diría: tenéis razón».

Quizá Trapiello, en un fingido alarde de humildad, está haciendo lo que los sajones llaman «fishing for compliments», buscando alabanzas para un complicado, y no siempre bien conseguido, ejercicio en el que se entrecruzan la narrativa y el ensayo. Aunque parabienes no le faltarán: Trapiello es uno de los valores establecidos de la literatura española contemporánea y su obra más reciente, aun siendo pedagógica, familiar y restringida, no renuncia a levantar el vuelo. Se trata de una novela escueta en su devenir, minuciosamente construida, de verbo variado y, cuando se tercia, bellamente poético. Se trata también de un texto que, como casi todos los que tratan de la Guerra Civil –y son tantos–, supura angustia y desgarró por todas sus costuras. La contención, es cierto, limita el desparrame físico y sentimental, pero es perceptible la tensión con que el escritor abordó una historia de la Guerra Civil, con el propósito de abordar todas las historias del conflicto cainita. No podría aventurar cuánto de personal y autobiográfico queda recogido en el relato, ni en realidad hace falta saberlo: *Ayer no más* se presenta como una ficción y así hay que leerla. Y juzgarla. Por más que sea el León natal de Trapiello el ámbito central del conflicto novelesco, y amorosamente descritas sus calles y plazas y cafés y casinos, y también leoneses los parajes rurales en que se desenvuelve parte de la narración. La pretensión de universalidad de la novela y su carácter pedagógico quedan, sin embargo, muy precisamente anclados en las vicisitudes de una ciudad y su entorno. Era una de las posibles maneras de transitar de lo particular a lo universal. ¿Fue la Guerra Civil tan espantosa y cruel en toda España como lo fue en el microcosmos leonés? Trapiello así lo cree. Y ha escrito una novela de tesis para demostrarlo.

Leyendo la novela de Andrés Trapiello podría llegarse a la conclusión de que el detonante que puso en marcha el proceso creativo de *Ayer no más* fue la aplicación de la Ley de la Memoria Histórica que el Gobierno de Zapatero obtuvo de unas Cortes con mayoría socialista hace pocos años: anteayer, no más. Y no tanto por su declarado propósito de dar a los muertos republicanos la paz que nunca tuvieron, sino por su articulación propagandística y torpe, y su carácter vindicativo y de nuevo fratricida. Escribe Trapiello de lo que piensa su álter ego Pestaña: «se diría que la Ley de la Memoria Histórica, en vez de conservar para el Estado el monopolio de las reparaciones y la dignificación de las víctimas, permite que los oportunistas busquen únicamente su provecho personal, no la verdad, repitiendo una ficción que creen real sólo por habérsela repetido tantas veces. No es ficticio, sin embargo, el poder que han obtenido con ello: disponen del dinero del Ministerio de la Presidencia, de la Universidad, de algunos ayuntamientos. Los periódicos los secundan». Pestaña/Trapiello, profesor de universidad, un sesentón atractivo que, de vuelta de muchas cosas personales, sentimentales e ideológicas, se refugia en el León natal para continuar sus investigaciones sobre la Guerra Civil, que ha terminado por observar a través de un prisma que el horror ha contribuido a matizar, debe

enfrentarse con los entusiastas de la causa gubernamental. Entre ellos, como antagonista primordial, una profesora de universidad casada con el jefe del departamento en que Pestaña ha recalado temporalmente y que suele acompañar sus excursiones en busca de fosas de la Guerra Civil con un profuso despliegue de banderas republicanas. Pestaña la reprende: «La bandera de los demócratas, le recordé, es, hoy por hoy, la bandera constitucional; esa [la republicana] es tan anticonstitucional como la del aguilucho. Ni siquiera le mencioné algo que saben tan bien como yo, o deberían saber: que, durante la guerra, por cada bandera republicana había veinte de la CNT, de la FAI, del POUM, del PCE, de la UGT,¹ de cualquier partido menos de la República». El cuarteto de protagonistas se completa con el marido de la activista de la Memoria Histórica, figura débil y tornadiza, sometido a los impulsos radicales de su cónyuge, y Raquel, una joven profesora que acaba por compartir tesis y lecho con Pestaña.

Nada que reprochar, en principio, a las manifestaciones artísticas que se quieren portavoces de una determinada propuesta ideológica. La vieja polémica entre «el arte por el arte» y la «misión social del artista» tiene sólo una solución: la calidad del producto. Y, naturalmente, la libertad en su proceso creativo. El problema de construcción de las obras narrativas de tesis –y desde Eisenstein hasta Bardem, pasando por Howard Fast o Solzhenitsyn, son incontables los buenos ejemplos– es que el personaje debe someter su textura a las necesidades del guión, a la manifestación del mensaje. En la novela, o en el teatro, o en el cine, resulta siempre incómoda la contemplación del personaje que, de repente, interrumpe sus quehaceres para endosar la correspondiente prédica. Como incómoda resulta también la casi obligada forma de estereotipos que acaban por adquirir los caracteres de la tesis: el bueno, el malo, el indiferente, el oportunista, el traidor, el inocente... Claro que, en la épica de la narración, se encuentra el truco: mejor convencer al personal con el hálito de la leyenda que con la sequedad del ensayo. Son las exigencias del género. Y quizá también el subterfugio del artista.

Andrés Trapiello ha escogido la forma de una más que pulcra novela para decirnos algo no por repetido menos importante: que la Guerra Civil fue un horror del que ninguno de los dos bandos puede escapar y son múltiples los párrafos que, normalmente puestos en boca o en la mente del atormentado Pestaña, reflejan esa certidumbre. Valga este, por lo demás brillante, muestra: «creo que los principios de la Ilustración sólo estaban representados en la República y que los que se sublevaron lo hicieron por la civilización cristiana de Occidente y contra esos principios, aunque los que combatieron con la República a menudo no fueran ni demócratas ni ilustrados, ni los que apoyaron a los fascistas dejaron de ser ilustrados, si lo eran de antes, y que muchos lucharon en el lado bueno con las peores razones, y otros en el lado malo con los mejores propósitos». Y no está de más que aproveche para pasar factura a la Memoria Histórica oficialista en nombre y respeto de la memoria histórica personal, individual, dolorosa. Pero el intento se salda, como quizá no podía de ser de otra manera, con un cierto esquematismo en la definición de los personajes, al que hay que añadir, y no es Trapiello el único en pecar de ello, la utilización de referencias convencionales a la actualidad circundante que, si bien retienen la atención inmediata del lector, terminan por banalizar el texto con ribetes de *reality show*. Del que ni siquiera falta Baltasar Garzón.

Y en lo de recurrir a la ficción para mejor contar la historia existen pareceres diversos. No es la primera vez que Andrés Trapiello se ocupa en sus escritos de la Guerra Civil. Lo hizo antes con *Las armas y las letras*, un documentado y apasionante recorrido por la intelectualidad española durante y

después de la Guerra Civil. No es una novela, pero, a los efectos de la facilidad lectora que los castizos confieren a la ficción, se lee mejor que si fuera una. Y no es que cueste leer *Ayer no más*. Pero a cada cual lo que le corresponde.

Javier Rupérez es embajador de España. Sus últimos libros son *El precio de una sombra* (Barcelona, Destino, 2005), *El espejismo multilateral: la geopolítica entre el idealismo y la realidad* (Córdoba, Almuzara, 2009) y *Memoria de Washington: embajador de España en la capital del imperio* (Madrid, La Esfera de los libros, 2011).

¹. Trapiello utiliza en el texto las formas Cnt, Fai, Poum, Pce, Ugt. No sin cierta osadía he procedido a darles a todas la forma que me parece habitual, con mayúsculas. Quede constancia de ello. La grafía utilizada en el libro me hiera la vista.